

LA “ALOCUCIÓN A LA POESÍA” Y LA “AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA” COMO EXPRESIONES POÉTICAS DE UNA POSTURA POLÍTICA CUESTIONADA Y “SOSPECHOSA” DENTRO DEL PENSAMIENTO AMERICANISTA DE ANDRÉS BELLO

THE "ALLOCATION TO POETRY" AND THE "AGRICULTURE OF THE TORRIDA ZONE" AS POETIC EXPRESSIONS OF A QUESTIONED AND "SUSPICIOUS" POLITICAL POSITION WITHIN ANDRÉS BELLO'S AMERICANIST THOUGHT

DOI 10.20873/uft2179-3948.2021v12n3p68-90

**Yetzabeth Pérez Anzola¹
Lorena Mujica González²**

Resumen: En el presente artículo se analizan la “Alocución a la poesía” (1823) y “La agricultura de la zona tórrida” (1826) de Andrés Bello bajo la noción de poema histórico (LÓPEZ; PÉREZ ANZOLA; SAAVEDRA, 2021), modalidad híbrida del género poético entre historia y ficción que funciona discursivamente con las mismas características de la novela histórica crítica/deconstruccionista (FLECK, 2017): ofreciendo resignificaciones alternativas y/o cuestionadoras del discurso historiográfico oficial. El foco del análisis se centra en describir el locus enunciativo del Bello poeta en correspondencia con las versiones historiográficas sobre el Bello histórico como personaje vinculado al proceso de la independencia de América.

Palabras clave: poema histórico; Andrés Bello; Alocución a la poesía; La agricultura de la zona tórrida; independencia de América.

Resumen: This article analyzes the "Allocution to poetry" (1823) and "The agriculture of the torrid zone" (1826) by Andrés Bello under the notion of historical poem (LÓPEZ; PÉREZ ANZOLA; SAAVEDRA, 2021), hybrid modality of the poetic genre between history and fiction that works discursively with the same characteristics of the critical / deconstructionist historical novel (FLECK, 2017): offering alternative and / or questioning resignifications of the official historiographic discourse. The focus of the analysis is focused on describing the

¹ Profesora ordinaria de la Universidad Nacional Abierta, Centro Local Lara (Barquisimeto/Edo. Lara-Venezuela) en el área de lengua y literatura; Magíster en Lingüística por la Universidad Central de Venezuela (Caracas-Venezuela); Doctoranda en Letras de la Universidad de los Andes (Mérida/Edo. Mérida-Venezuela); e integrante del grupo de investigación “Ressignificações do passado na América Latina: leitura, escrita e tradução de gêneros híbridos de história e ficção – vias para a descolonização”, coordinado por el Dr. Gilmei Francisco Fleck. ORCID-<https://orcid.org/0000-0001-7818-1487>. E-mail: rafkolnikov@gmail.com

² Profesora ordinaria de la Universidad Centroccidental “Lisandro Alvarado” (Barquisimeto/Edo. Lara-Venezuela) en el área de historia económica y social contemporánea; Magíster en Pedagogía Crítica por la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez y Doctoranda en Pedagogía Crítica por la misma universidad. ORCID-<https://orcid.org/0000-0003-1541-9835>. E-mail: lorenamujica2005@yahoo.com

enunciative locus of the beautiful poet in correspondence with the historiographic versions about the historical beauty as a character linked to the process of the independence of America.

Keywords: historical poem; Andres Bello; Address to poetry; The agriculture of the torrid zone; independence of America.

Introducción

Sobre la imagen del venezolano Andrés Bello – figura clave y universal junto a la de Francisco de Miranda y Simón Bolívar del ideario independentista americano – el discurso historiográfico nos proporciona más de una vertiente; por un lado, la de un hombre de ideas políticas monárquicas que algunos historiadores estiman contrarias, indiferentes o ambiguas al interés de establecer un sistema republicano en América y, por otro, la de un auténtico revolucionario o comprometido patriota – solo en el plano intelectual – que, a la par del desarrollo de la gesta militar de emancipación, produjo su obra científica, filosófica y literaria orientándola hacia la creación de unas bases culturales que le permitieran a las naciones independizadas unificarse desde una identidad propia con la cual enfrentar, una nueva realidad político-social.

A estas posturas se une la interpretación de autores contemporáneos como Iván Jaksic, quien le atribuye a Bello una posición política de progresiva maduración que, sin ser contraria al ideal independentista y al proyecto de una América unificada, se inclinó hacia la creación de una monarquía “moderada” o constitucional como la nueva forma de gobierno de mayor conveniencia a las nacientes repúblicas; sistema que, según el historiador, Bello opuso al despotismo monárquico español y consideró idóneo para evitar que los ideales democráticos o libertarios sobre los cuales fundó su visión de nacionalismo americano, en una mal interpretada idea de libertad, se vieran amenazados por posiciones de anarquía (JAKSIC, 2001, p. 74-77).

En el presente artículo se pretende analizar cómo estas diversas posturas subyacen o no en la poesía bellista escrita y publicada durante el desarrollo de las guerras de independencia en América (1810-1829), etapa coincidente con los años de la obligada estancia de Bello en Londres. El corpus se compone de sus dos poemas universales y emblemáticos: “Alocución a la poesía” (1823) y “La agricultura de la zona tórrida” (1826), textos que serán analizados bajo la noción de poema histórico (LÓPEZ; PÉREZ ANZOLA; SAAVEDRA, 2021), una modalidad híbrida de literatura e historia que, con las particularidades estructurales y discursivas del género poético y del mismo modo que lo hace la novela histórica en su modalidad crítica/deconstruccionista (FLECK, 2017), ofrece un material que recrea y resignifica la historia

desde ópticas cuestionadoras o alternativas al discurso historiográfico canónico (MATHEUS; KLOCK; BARRIOS, 2020). En este sentido, para el presente estudio, se asume el análisis de una voz discursiva subjetiva y/o metafórica, la del sujeto lírico o del Andrés Bello poeta, como una voz que se pronuncia de manera crítica frente a dos hechos históricos en estrecha relación: la conquista y colonización española y la independencia de América.

1 Posiciones historiográficas sobre la figura política de Andrés Bello

En Venezuela, el discurso historiográfico sobre la gesta independentista se inicia en los primeros años republicanos, teniendo como foco la exaltación del héroe militar que, de manera inmediata, favoreció el culto a determinados personajes históricos como Simón Bolívar (QUINTERO, 2019, p. 2). Según la autora, en esta historiografía fundacional no hubo un interés por “detenerse en los hombres de pensamiento, ni dar cuenta de las diferentes ideas, proyectos y propuestas que se debatieron en esos difíciles años de construcción de la nación”, por lo que Andrés Bello –afirma ella- queda invisibilizado dentro del proyecto de emancipación nacional y americano, al mismo tiempo que es objeto de una matriz de opinión en la que se le adjudica un comportamiento antipatriota, como es la acusación de infidencia³ que se le hace a Bello respecto a la conspiración del 2 de abril de 1810⁴ y su supuesta rivalidad con Bolívar a causa de sus ideas monárquicas, hechos tratados y desmentidos por el primer biógrafo de Bello, el chileno Miguel Luis de Amunátegui, para el año de 1882.

En el juicio de Francisco Javier Pérez, aún en la historia contemporánea, la figura de Bello oscila entre el “parricidio” y el “fariseísmo”; apreciaciones que, en su opinión, por un lado, tergiversan la significación real del personaje histórico; y por otro, muestran una actitud de hipocresía respecto a la valoración que se le ha dado a su obra. Así nos describe el historiador venezolano estas dos categorías:

Por una parte, la inmensa reacción parricida protagonizada por pequeñas eminencias que sin conocer y estudiar en profundidad su obra, en la polivalencia que ella supone, la han descalificado al ver en ella sólo lo que tiene de pasado, de conservación y de clásico apego a la cultura (...) Huérfanos de toda laya, inventaron un Bello que nada tenía que ver con Bello y lo sumieron en una orfandad que aún lo lapida. / Por otra parte, la proliferación de batallones de fariseos que han tenido y tienen en la lengua el nombre de Bello sólo como un nombre, letra muerta sobre el hombre grande y su

³ Comportamiento de levantarse en armas o realizar cualquier acto de hostilidad o desobediencia contra la autoridad monárquica constituida en las colonias españolas (BRICEÑO PEROZO, 1981, p. 159)

⁴ La conspiración se lleva a cabo la noche del 1 al 2 de abril con el batallón de milicias de los Valles de Aragua comandado por el Marqués del Toro. Relata José María Baralt, citado por Amunátegui “cuando todo estaba preparado, listos los hombres, y las armas, designado a cada uno su puesto, y convenidas las señales, se vieron presos por orden del capitán general, a quien el caso había sido denunciado” (AMUNATEGUI, 1882, p. 98).

noble creación. Rostro petrificado o momificado que vive en la fría existencia de los monumentos (por más sagrados que ellos sean) y no en la fervorosa combustión de la vida misma que le pertenece, en altos y bajos. (PÉREZ, *El desafío de la historia*, n° 20, p. 40-41)

Pese a estas observaciones, luego de la segunda mitad del siglo XX hasta el presente siglo, se hace visible una sólida tendencia historiográfica opuesta, a la que representan un conjunto de autores latinoamericanos que han sabido mostrar a un Bello americanista creador y defensor de un proyecto identitario, unificado y revolucionario de nación continental al que dedica todos sus esfuerzos intelectuales una vez que, a sus 29 años, sale de Venezuela junto a Simón Bolívar y Luis López Méndez representando a la Junta Suprema para ejercer funciones diplomáticas en Inglaterra en firme apoyo a la causa patriota.

La Junta Suprema -nombrada así por los patriotas o liberales-, con el nombre legítimo de Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII –como la llamaron los monárquicos-, es un gobierno pactado por ambos bandos que, para entonces, coincidían en su rechazo tanto a una ocupación imperial de Napoleón Bonaparte en el país como a la figura de Vicente Emparan, máximo representante del Rey, nombrado Capitán General de Venezuela el 19 de mayo de 1801, a quien se tenía por un gobernante despótico que no logró congeniar con el resto de las autoridades principales: el cabildo secular, la curia eclesiástica y la audiencia; y de quien, además, se dudaba su completa fidelidad a Fernando. La Junta se conforma el 19 de abril de 1810 tras la renuncia de Emparan y, de parte del bando patriota, tuvo en la práctica el objeto de preparar el terreno político para los sucesos del 5 de julio de 1811, cuando se firma el acta de independencia de Venezuela.

Dentro de esa corriente historiográfica bellista alternativa, inicialmente habría que mencionar al venezolano Rafael Caldera, con su obra *Andrés Bello* (1935) premiada en el concurso que convoca la Academia Venezolana de la Lengua. El autor puede ser considerado uno de los primeros historiadores del país⁵ que prescinde de los anteriores prejuicios políticos con los que se le había estudiado a Bello, mostrándonoslo y comprendiéndolo en su totalidad, condicionado no solo por las circunstancias históricas sino por su particular situación personal de hombre expatriado y padre de familia que durante su estancia en Europa debe hacer frente a dificultades económicas y dolores humanos.

⁵ El primer estudio biográfico de Bello lo realiza el chileno Miguel Luis Amunátegui con el nombre de *Vida de Don Andrés Bello* (1882), quien conoció personalmente al maestro. A este autor se debe la compilación de la obra completa de Bello publicada por vez primera en Chile en 1881.

En este sentido, son varios los intentos que Bello hace por regresar a Venezuela pidiendo ayuda a las autoridades patrióticas a través de correspondencia escrita. Estas solicitudes, en plena guerra de independencia, de forma intencional o no, son ignoradas u obstaculizadas por las propias circunstancias del momento y la tardanza de las comunicaciones. Bello le escribe a Bolívar desde Londres, el 21 de noviembre de 1826, en un momento de urgente necesidad:

Mi destino presente no me proporciona, sino lo muy preciso para mi subsistencia y la de mi familia, que es ya algo crecida. Carezco de los medios necesarios, aun para dar una educación decente a mis hijos; [...] veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí, ni a mi familia, nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad. (AMUNATEGUI, 1882, p. 297).

Sin embargo, 15 años atrás, Bello escribe a Caracas en reiteradas ocasiones (8 de febrero, 6 de julio y 4 de septiembre de 1811) para dar a conocer “cuan precaria era su situación” -la de él y la de Luis López Méndez. Asimismo, en fecha 14 de septiembre de 1812, escribe nuevamente para informar sobre el encarcelamiento de su compañero por motivo de deudas (JAKSIC; 2001, p. 63) lo que coincide con la caída de la Primera República en Venezuela en manos del ejército realista al mando de Domingo Monteverde. En su último intento por retornar a América, el 21 de marzo de 1827, Bello escribe al Libertador para felicitarlo por sus triunfos y darle algunas sugerencias de orden político sin dejar de solicitarle, con la discreción que le caracteriza, un puesto de trabajo:

“Vuestra Excelencia puede contar con mi fidelidad al gobierno de mi país y a su persona. Cooperar en cualquiera cosa, por pequeña que fuese, al logro de las sabias y benéficas ideas de Vuestra Excelencia, bastaría a contentar mi ambición”. (AMUNATEGUI, 1882, p. 305).

La respuesta del Libertador llega a Londres el 14 de febrero de 1829, cuando Bello llevaba mes y medio navegando hacia Valparaíso con su segunda esposa y 6 hijos con el fin de cumplir los compromisos laborales que había contraído, a petición personal, con el gobierno chileno de Francisco Antonio Pinto, de inclinación liberal, desde donde se le había pagado su traslado y el de sus familiares y se le ofrecía el cargo de Oficial Mayor, el mismo que en 1802 había obtenido en la Capitanía General de Venezuela y que pierde en 1812 con la caída de la Primera República. Al año de su llegada a Chile el gobierno de Pinto es derrocado por el Diego Portales, de tendencia conservadora; según Gómez García (2006, p. XIX), “la cara sutil de una dictadura civil”. Portales no le quita el puesto de trabajo a Bello y, por el contrario, le ofrece

una amplia apertura para que se sume al proyecto de la construcción de la nación chilena (GORROCHOTEGUI, 2014, p. 46), circunstancia que acaba afianzando, probablemente, la suspicacia histórica sobre su postura política.

Para Caldera (1934, p. 219), calificar a Bello de monárquico es un hecho erróneamente interpretado en su contexto. Afirma el biógrafo venezolano que el maestro de Bolívar “supo señalar con visión clara los defectos fundamentales que un régimen monárquico habría de tener en nuestros pueblos” y que “no obstante”, algunas de sus expresiones “pudieran interpretarse en el sentido de que en un momento dado llegó a desear la Monarquía como solución a nuestros problemas”; hipótesis que el autor aún justifica dadas las circunstancias políticas del momento:

Ello no sería raro, pues el fenómeno tenía carácter general. Muy pocos de los líderes hispanoamericanos, acostumbrados al ejemplo de la Monarquía Española, afectos a la estabilidad de la Monarquía Inglesa e impresionados por la inestabilidad de la República francesa, escaparon de haber deseado en algún momento de su vida un régimen monárquico como garantía de estabilidad en la organización de los recién nacidos Estados. Pero no existen elementos suficientes para considerar que Bello se hubiese decidido por la implantación de dicho régimen, ni menos aún para afirmar que conservaba en Chile estas ideas [...]. (CALDERA, 1934, p. 219).

El colombiano German Arciniegas atribuye a Bello un papel trascendental dentro de la emancipación americana de igual importancia a la del propio Simón Bolívar. En el prólogo de *El pensamiento vivo de Andrés Bello* ([1946] 1981) el historiador hace una distinción entre la “Guerra de Independencia” y la “Revolución de Independencia” limitando la primera a la separación política de la Corona que pudo lograrse a través de la fuerza militar, donde Bolívar encarna la máxima figura guerrera (ARCINIEGAS, 1981, p. 10). La segunda, en cambio, significa más que un desprendimiento político de España; se trata -según el autor- de una emancipación espiritual que “implica una revisión de todos los conceptos tradicionales”, que no termina con la batalla de Ayacucho y comienza desde la segunda mitad del siglo XVIII cuando clandestinamente las ideas de la Revolución Francesa llegan a América (ARCINIEGAS, 1981, p. 9-10). Es esta *Revolución* la que Arciniegas no duda en equiparar con el papel histórico que cumple Andrés Bello a través de su obra:

Por una circunstancia feliz para la ciudad de Caracas, nacieron allí, y casi por los mismos años, dos figuras del mayor relieve la una para la historia de la revolución de América, y la otra para la guerra: Andrés Bello y Simón Bolívar [...] Había la labor de hacer un continente. Los soldados iban de Colombia al alto Perú, de las provincias del Plata al corazón de Lima, como antorchas trashumantes. Y lo mismo fueron los sabios. O digamos, los humanistas, porque hay mucha semejanza entre la obra que hicieron en Europa los humanistas del siglo XVI, y la que en América emprendieron, en el XIX, hombres como Bello. (ARCINIEGAS, 1981, p. 11-12).

Una postura coincidente se presenta en el texto del venezolano José Luis Salcedo-Bastardo *Andrés Bello americano –y otras luces sobre la independencia-* (1982), donde se reitera este carácter revolucionario presente en un Andrés Bello ideológicamente distinto de aquel que vivió las tres últimas décadas de la colonia española en Venezuela, un personaje que nace en Londres, al poco tiempo de su llegada a la ciudad inglesa, “por influjo sustantivo y determinante de Miranda”⁶, gracias a quien –“llámese crisis o mutación”- Bello se adhiere de manera decisiva a las ideas políticas de una unidad supranacional (SALCEDO-BASTARDO, 1982, p. 16-18). Para Salcedo-Bastardo, luego de esta metamorfosis, el humanista caraqueño se convertiría “por antonomasia” en el “polígrafo pensador de América” y “no abandonará jamás la correspondiente amplitud del real americanismo, ni contradice ni renuncia nunca a la visión superior que semejante concepto supone y exige” (SALCEDO-BASTARDO, 1982, p. 16-17).

Dentro de la historiografía más reciente, referimos el estudio del chileno Iván Jaksic, *Bello: La pasión por el orden* (2001), donde encontramos otros matices que amplían la visión del Bello político. A diferencia de Salcedo-Bastardo, Jaksic estima que “la pérdida traumática de su hogar colonial” –de la patria natal a la que le fue imposible volver, por razones ajenas a su voluntad-, fue el factor decisivo para que Andrés Bello reafirmara su identidad adoptando una visión americanista y, además, para que configurara su obra al servicio de un nuevo sistema de gobierno diferente al monárquico. Según el historiador chileno, Bello sentía una fuerte adhesión por el orden colonial que “sólo lenta y difícilmente dio lugar a un cauteloso concepto de nacionalidad independiente”; un cambio que ocurre, en su opinión, una vez que ya no quedaba ninguna esperanza de restitución de la monarquía española y al mismo tiempo, cuando Bello percibe que es posible asentar el nuevo orden republicano sobre bases intelectuales e institucionales firmes (JAKSIC, 2001, p. 263).

Sin embargo, Jaksic deja por sentado dos interesantes apreciaciones en su obra que inauguran una nueva vertiente sobre el perfil político de Bello. La primera, que “no puede ser clasificado con facilidad ni como liberal ni como conservador” siendo, “sin embargo, una figura clave en el esfuerzo por definir y crear modelos políticos viables después de la Independencia”

⁶ Tras su llegada a Inglaterra Bello, López Méndez y Bolívar establecen contacto con Miranda, momento durante el cual Bello pudo escuchar de boca de su compatriota venezolano sus ideas y proyectos emancipatorios. Bolívar se regresa a Venezuela mientras que los otros dos quedan instalados en la casa de Miranda de *Grafton Street* hasta finales de 1812 o principios del año siguiente; un tiempo que aprovechó Bello para estudiar el griego y las obras humanísticas que Miranda poseía en su biblioteca (RODRÍGUEZ MONEGAL, 1969, p. 44-45).

(JAKSIC, 2001, p. 23); la segunda, que el Bello que leeremos en sus páginas es un personaje que “sintió una gran ambivalencia respecto de la pérdida de la legitimidad monárquica” (JAKSIC, 2001, p. 263). Con estas hipótesis, a nuestro parecer, dado el fuerte componente europeo que determina la formación ideológica de Bello y el no menos comprobado sentimiento americanista que le caracteriza -sin que importe el momento en que aparezca- podríamos estar acercándonos a un Andrés Bello no ambivalente sino identitaria y políticamente híbrido al que se le podría ubicar en un *in beetwen* o espacio inter-medio, definido como espacio de encuentro o suturas entre los “discursos y prácticas que intentan interpelarnos, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares” (BHABBA, 1994, p. 18). Desde esta hibridez, a nuestro juicio, nos los muestra exactamente el historiador chileno:

Andrés Bello fue un ejemplo extraordinario de las complejidades personales e intelectuales generadas por el proceso de independencia: un hombre formado en el régimen colonial, leal a éste, pero que en último término fue uno de los líderes más influyentes en la transformación de las colonias en naciones. Mientras que algunos miembros de su generación se sintieron muy atraídos por Rousseau y los *philosophes* de la Ilustración, Bello se mantuvo fiel a su educación clásica y religiosa. Lamentó el colapso del imperio español, intentó retornar a él en un momento crítico, pero al final se entregó de lleno a la causa de la Independencia. Pero para él la independencia no significaba un quiebre total con el pasado o la posibilidad de un nuevo orden revolucionario, sino que una transición hacia el reestablecimiento del orden legítimo. Su logro más importante, la introducción de un nuevo derecho civil, muestra hasta qué punto aceptó las realidades de la Independencia y se convenció de las virtudes del republicanismo, sin por eso dejar completamente de lado aspectos cruciales del pasado colonial. (JAKSIC, 2001, p. 24-25).

2 La imagen política del personaje histórico vista desde la mirada del poeta

La “Alocución a la poesía” y “La agricultura de la zona tórrida” también conocidas como silvas americanas son dos poemas escritos en una combinación de estilo neoclásico y romántico (ZAMBRANO URDANETA; MILIANI 1986, p. 119) que Andrés Bello quiso unificar en una sola pieza literaria bajo el nombre de “América”, publicados respectivamente, con tres años de diferencia, en las revistas para las que él escribía en Londres: *Biblioteca americana* (1823) y *Repertorio americano* (1826).

En el primer poema, encontramos como argumento un sujeto discursivo que se dirige a la poesía personificada, en algunos pasajes, bajo la figura de exhortación; en otros, de petición, reclamo o simple expresión lírica, para manifestarle su deseo de que se dirija a América, con lo que se interpreta, a lo largo del texto, que es un llamado a apropiarse del cuerpo de conocimientos propios del continente: la geografía, mitos, proezas, y tragedias, que quedan desplazados con la colonialidad lingüística y religiosa prehispánicas y la imposición del canon

europeo como modelo de construcción y recepción de la cultura: “tiempo es que dejes ya la culta Europa,/ que tu nativa rustiquez desama/ y dirijas el vuelo donde te abre/ el mundo de Colón tu grande escena” (BELLO, 1993, p. 4).

Estos primeros versos resultarían contradictorios atendiendo a la formación del Bello histórico -versado en religión, latín y letras durante su adolescencia, con una extraordinaria conciencia del lenguaje y una constante formación autodidacta que se hace altamente productiva en Inglaterra donde, hasta la fecha de publicarse el poema, Bello tuvo oportunidad de estudiar los clásicos griegos en su lengua originaria y hacer práctica de brillantes reflexiones en diversidad de temas-, pero no desde la perspectiva de un personaje culturalmente híbrido, del que no se puede negar su influencia intelectual europea como tampoco su capacidad de cuestionar desde su identidad americana los hechos históricos con objetividad, gracias precisamente a esa herencia fundada en el *logos* que le deja el acervo del conocimiento occidental.

Con estos versos iniciales, que han pasado a la historia universal de la literatura, el sujeto poético, de algún modo, se adelanta desde ese siglo XIX a las actuales ideas descolonizadoras de filósofos latinoamericanos como Dusell que invitan a pensar en un nuevo locus de enunciación lejos del modelo impuesto por Europa para la recuperación de la historia primigenia (MARÍN; COBOS, *Memorias de Venezuela*, n° 15, p. 50); es decir, fuera de las posiciones eurocéntricas que sobrevivieron al colonialismo europeo y aun determinan la cultura y el modo de ser en Latinoamérica: “en el sentido común, en la autoimagen de los pueblos, en las aspiraciones de los sujetos, y tantos otros aspectos de la experiencia moderna” (MALDONADO-TORRES, 2007, p. 131). Los mencionados versos, a nuestro parecer, no tienen el sentido pragmático de estar dirigidos exclusivamente a la poesía o al poeta sino al nuevo hombre integral de ciencias y artes, con conciencia de sí mismo, de su origen, su historia y su cultura, que exige la América independizada del colonialismo para constituirse en nación libre de colonialidad⁷.

En este espíritu, la voz lírica se pronuncia de forma no complaciente respecto al pasado de conquista retrotrayendo la realidad de la América indígena, contrastándola con el territorio invadido y posicionándose discursivamente en el lugar de los conquistados:

⁷ Para los filósofos latinoamericanos del grupo “Modernidad-Colonialidad”, “colonialismo” es la relación de subordinación política y económica de un pueblo sobre otro y “colonialidad”, la ideología del colonizador subyacente en la mentalidad del colonizado.

Allí memoria de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dio a sus moradores,
primera prole de su fértil seno
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
el hierro atroz; aun no degenerado
buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas y florestas
saludable le daban y seguro
si que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría [...]. (BELLO, 1993, p. 7).

Los versos acusan la actuación ambiciosa y violenta del conquistador que al intervenir y explotar la tierra desde su concepción de mundo modifica la relación de comunión que el aborígen tiene con la naturaleza. Con ello, se nos revela el Bello poético ecologista que lamenta no solo el daño al espacio natural sino al daño moral y espiritual del indígena al que se le arrebató su hogar, su condición ontológica de hombre libre y su felicidad fundada, tal como lo conciben las filosofías orientales, en el sí mismo, en la condición natural, sin más, del goce de la condición vital o la propia existencia.

Hay que recordar que las culturas nativas americanas especialmente las de Mesoamérica, dejan como legado textos de poesía, relatos e historias así como una gran riqueza de conocimientos de transmisión oral en gran medida extintos con los procesos de conquista y la imposición del castellano (DEL POZO GONZÁLEZ, 2018, 73-74). En su afán de profesar la fe católica, los colonizadores “no se contentaban con los exorcismos ni con la inocente influencia del agua bendecida, sino que apelaban al hierro para derribar los templos, mutilar los emblemas del culto y reducir a cenizas preciosos productos del arte” (GUTIÉRREZ, 2006: 277). Se le prohibió al indígena todo intento de expresar y transmitir su memoria (BEORLEGUI, 2010, p. 106).

En la “Alocución a la poesía”, como un reconocimiento a esa cultura originaria y estrategia performativa de acercarnos a nuestra identidad indígena, el sujeto lírico nos trae la leyenda chibcha de Nenqueteba, vaticinando el momento en que los americanos habrían de apropiarse de esa conciencia mítica arrebatada:

Tú cantarás como indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza

a Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña; y a las ondas abre calle,
el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio
de las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdenea
y por la brecha hirviendo se despeña.
Tu cantarás como a las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes y artes
y culto dio; después que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la luna por la vez primera
surcó el Olimpo el argentado coche. (BELLO, 1993, p. 8).

El relato está basado en la historia de un benévolo anciano, distinto a los hombres chibchas que, junto a su mujer, Chía, aparece repentinamente entre la tribu para enseñarles el cultivo de la tierra, el tejido, la coloración del algodón, la forma de construir sus viviendas y el arte de la cerámica y de trabajar el oro, así como también todas las leyes de orden moral, político, social y espiritual por las cuales ellos debían regirse. Chía, no contenta con la labor de Nenqueteba, por medio de artificios mágicos, hace crecer el río de Funzhá hasta inundar el valle de Bogotá donde morirá gran parte de la población. Nenqueteba, entonces, arrojó a Chía lejos de la tierra y ella se convierte en el astro que en el cielo ilumina las noches (MARTINEZ, 1963. p. 43).

Para 1823, fecha de publicación del poema, la guerra de emancipación liderizada por Bolívar mostraba recientes e importantes resultados: la victoria en la batalla de Carabobo el 24 de junio de 1821 que selló definitivamente la independencia de Venezuela y el triunfo sobre el ejército realista en la batalla de Bomboná, el 7 de abril de 1822, con la cual el territorio del Cauca queda anexado a Colombia. Este clima triunfante se respira en la “Alocución a la poesía” detrás del sentimiento de elogio con que son tratados los héroes independentistas, una actitud de exaltación que viene acompañada de una clara referencia de quién es el enemigo y, con esto, de una indisputable posición patriota del Bello poeta:

Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vigirima,
y, dejando otros nombres, que no menos
dignos de loa Venezuela estima,
Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroíca lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Boves,
monstruo de atrocidad más que española. (BELLO, 1993, p. 16).

Junto a las figuras militares canonizadas como las de José Felix Ribas, Francisco de Miranda y Simón Bolívar, todas dignas del más magnánimo elogio de parte de la voz lírica, hace presencia en el poema lo que puede ser considerado un personaje histórico periférico, el venezolano Juan Germán Roscio, a quien el sujeto discursivo equipara con los grandes héroes militares al nombrarle “defensor” “maestro y padre” “de la naciente libertad”:

Ni menos estimada la de Roscio,
será en la más remota edad futura.
Sabio legislador le vio el senado,
el pueblo, incorruptible magistrado,
honesto, ciudadano, amante, esposo,
amigo fiel y de las prendas todas,
que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca,
el alma supo mantener serena;
con rostro igual vio la sonrisa aleve
de la fortuna, y arrastró cadena;
y cuando del baldón la copa amarga
el canario soez pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
de la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo de Gradivo empapa
de sangre y llanto está en su sien desnuda,
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad, no solo
fue defensor, sino maestro y padre. (BELLO, 1993, p. 22).

Estos tres últimos versos, anticipadamente, resumen en el texto poético –cosa que no sucederá en la historia- la significación de la obra intelectual de Roscio y de sus aportes en materia política y jurídica a favor de la causa independentista y la construcción del orden republicano. A Juan Germán Roscio, doctorado en Teología y en Derecho Civil, más conocido por su papel de redactor del acta de independencia de Venezuela, se debe la creación del reglamento electoral que convoca la conformación del primer congreso constituyente⁸ bajo la coyuntura de suplir el vacío de poder que deja la renuncia de Fernando VII y la intensión de forjar la legitimidad política de manera democrática y sin discriminaciones raciales, con un gobierno que tuviese representación de todas las provincias del territorio. Asimismo, Roscio pasa a integrar el Congreso como diputado electo por Calabozo en las elecciones que se celebraron en noviembre de 1810, es el principal redactor de la Constitución de 1811, el primer

⁸ El reglamento se crea el 27 de abril de 1810 bajo el nombre de "Alocución y Reglamento para la Elección de Diputados al Primer Congreso de Venezuela". Las elecciones para la conformación del Congreso se celebran en noviembre del mismo año.

Vicepresidente del Departamento de Venezuela en 1818 y el Vicepresidente de la Confederación de Colombia en 1819, ambas vicepresidencias designadas por Bolívar.

Mucho más relevante es el papel de Roscio en la construcción del ideario político liberal a partir de la redacción de documentos y tratados de los que se desprenden una teoría detractora de los principios divinos sobre los cuales se afianzaba el absolutismo monárquico. De éstos, el texto más importante es el *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, escrito durante los años de su presidio en España y África (1812-1815) -tras la caída de la Primera República- y publicado en Filadelfia en 1817, para luego ser difundido en América. En este libro, de sumo valor para crear la conciencia emancipadora, Roscio sostiene la tesis de que no hay en las sagradas escrituras ningún argumento que justifique el dogma monárquico de que, por mandato de Dios, los reyes tenían la autoridad imperecedera de gobernar sobre los pueblos, demostrando con ello que no había incompatibilidad entre las ideas liberales y el cristianismo y mucho menos herejía en el hecho de ser un liberal católico. En el prólogo del libro, Roscio hace la exhortación de que reconozcamos al verdadero hereje y nos sumemos a la causa por derrocarlo:

¿Hagamos conocer al vulgo, que en esta línea no hay otros herejes entredichos y proscritos, que los mismos inquisidores, y cuantos a su imitación abusan de lo más sagrado contra la salud del pueblo. Inspirémosle todo el horror que merecen estos excomulgados vitandos, como profanadores del santuario de la libertad; unamos nuestras fuerzas para el restablecimiento de la alta dignidad de nuestros hermanos oprimidos. (ROSCIO, 1996, p. 6).

A partir de su introducción, la obra tiene un estilo confesional donde el autor habla con la Divinidad católica, revelándole la fidelidad que tuvo por la Monarquía y asumiéndola como un pecado que cometió contra él y sus hermanos oprimidos a causa de su formación religiosa:

PEQUÉ, SEÑOR, contra ti y contra el género humano, mientras yo seguía las banderas del despotismo. Yo agravaba mi pecado cuando, en obsequio de la tiranía, me servía de vuestra santa palabra [...] Yo desconocía el idioma de la Razón. [...] Detestaba por heréticos los escritos políticos de los filósofos. Por los malos hábitos de mi educación yo no conocía otro derecho natural que el despotismo, otra filosofía que la ignorancia, ni otra verdad que mis preocupaciones. Me sobraban libros y maestros que fomentasen este trastorno de ideas, este abuso de palabras, y subversión de principios: ellos eran los que me impedían el desengaño. Cuanto más esclavizado me hallaba, tanto más libre me consideraba: cuanto más ignorante, tanto más ilustrado me creía: cuanto más preocupado, cuanto más adicto a mis errores, tanto más ufano y contento de ellos; cuanto más envilecido, cuanto más negado a la virtud con que debía salir de mi cautiverio, tanto más me vanagloriaba del fiel vasallo y buen servidor del déspota que me oprimía. (ROSCIO, 1996, p. 7).

En efecto, hasta 1810, Juan Germán Roscio, al igual que Andrés Bello estuvieron al servicio de la Corona; sin embargo, si Roscio lo hizo por convicción de ética religiosa, como el

mismo lo confiesa, Bello lo hizo como un empleado común y corriente de la administración pública, por la necesidad de tener un puesto de trabajo con el cual subsistir. Mientras que Roscio gozó del apoyo económico y protección de Doña María de la Luz Pacheco, hija del Conde de San Javier, para cursar sus estudios, Bello tuvo que abandonar tempranamente la Universidad, a los 2 años de su ingreso, en 1800, sin poder graduarse ni de médico ni de abogado a falta de recursos económicos, asumiendo entonces en 1802 el puesto de Oficial Segundo de la Capitanía General; cargo que ameritaba un concurso al que Roscio le invita a participar y que Bello gana y conserva hasta 1810, como opuesto adscrito a la autoridad real.

Para 1802, Bello era entonces un joven de 21 años y Roscio un hombre con la madurez de 39. Entre los dos personajes se establece una estrecha amistad que confirma la correspondencia que ambos se envían durante la estancia de Bello en Londres, donde Roscio le informa con detalle y suma confianza la actuación política de Miranda en Venezuela y otros acontecimientos posteriores. Este vínculo amistoso seguramente debió forjarse con base a unas mismas ideas políticas esenciales proindependentistas que ambos debieron ir madurando mucho antes de ese momento decisivo de la renuncia de Vicente Emparan a la Capitanía General y la subsiguiente conformación de la Junta Suprema; ideas que le permiten a los dos personajes actuar con convicción posicionándose al servicio de la causa republicana.

El Andrés Bello que sale de Caracas en representación de la Junta al lado de Bolívar y López Méndez, aunque no fuera un convencido liberal como Roscio, al menos tuvo que ser un hombre muy consciente de la misión para la cual se le había escogido y de su papel categórico dentro de las nuevas circunstancias políticas. Aunque esta hipótesis no represente más que una probabilidad, sí podemos asegurar que el Bello de la “Alocución a la poesía”, es un convencido independentista y republicano. Versos como los siguientes exhiben a este sujeto poético visionario, hablándole a la poesía, desde su más honda convicción patriota y rotundo rechazo hacia el régimen español:

Musa, cuando las artes españolas
a los futuros tiempos recordares,
víctimas inmoladas a millares;
pueblos en soledades convertidos;
la hospitalaria mesa, los altares
con sangre fraternal enrojecidos;
de exánimes cabezas decoradas
las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
doquiera que se envainan las espadas,
entronizado el tribunal de espanto,
que llama a cuentas el silencio, el llanto,

y el pensamiento a su presencia cita,
que premia al delator con la sustancia
de la familia mísera poscrita,
y a peso de oro, en nombre de Fernando,
vende el permiso de vivir temblando;
puede ser que parezcan tus verdades
delirios de estragada fantasía
que se deleita en figurar horrores (BELLO, 1993, p. 18-19).

En el segundo texto de análisis, “La agricultura de la zona tórrida”, el sujeto discursivo se dirige a varios interlocutores: a la tierra, a Dios y a los americanos, haciendo la invitación de reconstruir la América destruida por las guerras de independencia, con lo cual ya se advierte en el poema la esperanza que el Bello poeta deposita en la construcción de un nuevo orden social. Para el año de publicación del texto, 1826, Bolívar ya había culminado su campaña militar y organiza en el mes de junio el Congreso de Panamá. En el documento de convocatoria, una carta que dirige Bolívar como Presidente de Perú a los gobernantes del resto de los Estados americanos (Colombia, México, Argentina, Chile y Guatemala), se lee:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible la duración de estos gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre sólo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español. (BOLÍVAR, [1991] 2010, p. 143).

Al inicio del poema, la voz lírica aparece dirigiéndose, bajo el estilo de una oración, a la América humanizada; propiamente, al suelo americano como entidad geográfica: “¡Salve, fecunda zona,/ que al sol enamorado circunscribe/ el vago curso, y cuanto ser se anima/ en cada vario clima,/acariciada de su luz, concibes!” (BELLO, 1993, p. 25). En los versos sucesivos se nombran las bondades de los frutos americanos: la caña, la uva, la palma, la patata, el algodón, la parcha, el maíz y el banano, en un enunciación emotiva que los exalta y diviniza: “la procera palma”; “el maíz, jefe altanero de la espigada tribu”; “el banano, primero/ de cuantos concedió bellos presentes/ Providencia a las gentes/ del ecuador feliz con mano larga” (BELLO, 1993, p. 26).

Seguidamente, en un reflexivo monólogo, el sujeto discursivo comienza a pronunciarse sobre las circunstancias políticas - las guerras civiles que tras la independencia ya se venían

desarrollando en América-, tomando postura de franco desacuerdo hacia tales acciones antipatriotas:

¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de miserables ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga? (BELLO, 1993, p. 27).

En contraposición de la guerra, el sujeto poético exhorta al americano a volver a la paz. Como contraste a las rencillas políticas internas que amenazaban la estabilidad y el progreso de América, la voz enunciativa aconseja volver a la vida tranquila y feliz del campo:

¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda. (BELLO, 1993, p. 29).

Efectivamente, lograda la independencia, no se hizo esperar el caos político. La Gran Colombia, ambicioso sueño de Bolívar, había de durar pocos años. Específicamente en Venezuela, a finales de 1825, por citar uno de los muchos ejemplos que ocurrieron en el continente, José Antonio Páez, en un acto de rebelión, se constituyó en jefe civil y militar del país. La postura nacionalista local de los caudillos, tomando las palabras de Gómez García (2006, p. XXXIII), “conducía necesariamente a la regresión social y a la desintegración política americana”; los caudillos –continúa afirmando el autor- “eran los exponentes de nuestro propio atraso y dependencia, los naturales beneficiarios de todos los imperialismos”. Frente a estas

circunstancias, El Bello poético es mucho más contundente en su llamado al cese de la guerra y al cultivo de la tierra:

[...] cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,
consume el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare [...] (BELLO, 1993, p. 29).

Si en la “Alocución a la poesía” encontramos un tono esperanzador, en “La agricultura de la zona tórrida” vemos esa esperanza materializada. El poeta nos describe esa futura América próspera que será producto de la mano agricultora y pide a Dios interceda para que esa futura labor no sea una labor pérdida:

[...] ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza;
a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.
¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora. (BELLO, 1993, p. 31).

También es petición del poeta que el hombre americano olvide su espíritu bélico, que nazca en él -ese hombre utópico agricultor, pilar productivo de su nación y reconstructor de su morada natural, de su madre tierra- un nuevo hombre de paz. Nos pregunta el sujeto lírico ¿para qué más violencia?, ¿hasta cuándo tantos muertos? Nos retrotrae las figuras históricas de Atahualpa y Moctezuma como símbolos metonímicos del aciago destino que, entre las guerras, ha tenido el hombre americano:

Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
erguiese al cielo el hombre americano,
benedicida de ti se arraigue y medre
su libertad; en el más hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los estados [...]

¿Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa y Moctezuma. (BELLO, 1993, p. 31).

Recordemos la historia de estos dos mártires indígenas. Según la versión que cuenta David Cuevas Góngora (2011), En 1519, Moctezuma, gobernador del pueblo azteca había recibido al conquistador Hernán Cortés en su reino no sin temor y pasividad, bajo la creencia de que se trataba de los hermanos del Dios Quetzalcóatl, unos hombres blancos que, según la leyenda, vendrían en un tiempo no lejano a gobernar al pueblo. Cortés sale de Cuba en 11 naves que albergaban 500 hombres y 100 marineros, con la premeditada intención de buscar el oro del pueblo azteca. En su trayecto, tiene enfrentamientos con diferentes grupos indígenas que terminan derrotados y asesinados. Finalmente, el conquistador llega a Tenochtitlán donde se encontraba Moctezuma y se instala en el palacio que había pertenecido a su padre. Allí construye un altar cristiano y dispone de todo cuanto encuentra apoderándose del oro de Moctezuma padre que se encontraba en forma de escudos, collares y otras joyas. Luego se apropia de las riquezas de Moctezuma hijo y lo hace prisionero. Cortés debe salir de Tenochtitlán para enfrentarse -resultado vencedor- con una armada de compatriotas españoles

que, al mando de Pánfilo de Narváez se disponía a capturarlo. A su regreso a la ciudad azteca, se encuentra al pueblo indígena enfrentando a Pedro Alvarado, quien en su ausencia había ejecutado una matanza de indios en el Templo Mayor durante la fiesta de Toxcátl. Moctezuma intenta actuar de mediador por petición de Cortés para que el pueblo se calme. En ese momento recibe una pedrada en la cabeza y, días después, muere.

El resultado del encuentro de Atahualpa con Francisco Pizarro no es menos funesto. Citando el relato de Lavallé (2004), en 1533, el gobernante inca es secuestrado y posteriormente asesinado luego de haber ofrecido el oro que se encontraba en el templo de Pachacamac y autorizado su búsqueda al conquistador a cambio de su libertad. Luego de haberse obtenido el cuantioso botín dividido en 217 partes para repartirse entre 168 personas, Atahualpa no fue liberado y su muerte fue sometida a consenso:

Pizarro reunió a sus lugartenientes en una suerte de consejo de guerra y se decidió la muerte de Atahualpa. [...] Atahualpa parecía no creer lo que le estaba sucediendo e interrogaba en este sentido a los hombres que lo llevaban. Propuso incluso reunir un nuevo rescate más importante que el primero. [...] Al llegar al centro de la plaza, el Inca fue amarrado a un tronco y se colocaron a sus pies haces de leña, pues se había tomado la decisión de quemarlo vivo por idólatra. Vicente de Valverde no cesaba de exhortarlo a morir habiendo recibido los santos sacramentos. Atahualpa habría preguntado adónde iban los cristianos después de su muerte. Frente a la respuesta que eran enterrados en una iglesia, el Inca habría entonces declarado su voluntad de ser cristiano. Fray Vicente lo bautizó inmediatamente con el nombre de Juan o de Francisco [...] En vista de este cambio súbito, Pizarro decidió inmediatamente conmutar no la pena sino las condiciones de su ejecución. Atahualpa no moriría quemado vivo sino estrangulado y con la nuca rota por el garrote [...] (LAVALLÉ, 2004, [en línea]).

No bastando esta muerte injusta, el cabello de Atahualpa fue quemado y se dejó su cuerpo amarrado toda la noche para, al día siguiente, hacerle una misa a la que asistieron sus verdugos, los oficiales reales y varias de sus mujeres y esposas, de las cuales algunas se quitaron la vida. “Cieza de León destaca con cierto asco este desorden, y cuenta que los españoles comenzando por el mismo Pizarro, se repartieron sin tardar las esposas y las parientes del Inca difunto” (LAVALLÉ, 2004, [en línea]).

En “La agricultura de la zona tórrida”, el Bello poeta nos advierte que no deben repetirse éstas y cuales otras historias de violencia del pasado prehispánico, de los tiempos independentista y de ese presente histórico de la tercera década del siglo XIX que ya comenzaba a vivirse en medio del caudillismo y las guerras civiles. Su mensaje final para los americanos es el de ser ejemplo de virtud para las futuras generaciones, remediar el daño social

construyendo una nueva ética, fundada en los valores de la paz y el trabajo; construir, finalmente, luego de tanta tragedia la felicidad de la nación americana:

¡Oh, jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
“hijos son éstos, hijos,
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España”. (BELLO, 1993, p. 33).

Conclusiones

Luego del análisis del Bello poeta en sus dos poemas históricos, “Alocución a la poesía” y “La agricultura de la zona tórrida”, constatamos una decisiva posición patriota del sujeto discursivo que rechaza el pasado de conquista y colonización y se adhiere al ideal independentista. En este sentido, expatriado de su país, sin la posibilidad de participar en la vida política americana, el Bello histórico construye, a través de la poesía, su propio proyecto de emancipación cimentado en dos pilares fundamentales: descolonizarse mentalmente de Europa y desarrollar una economía agrícola.

En la “Alocución a la poesía”, el poeta plantea que el hombre nuevo americano necesita arraigarse en su propia cultura, para lo cual debe recuperar la memoria histórica que tiene su origen en el pensamiento mítico precolombino y desemboca en el relato heroico decimonónico, incluyendo no solo a los hombres de acciones sino también a los hombres de ideas. En “La agricultura de la zona tórrida” el poeta nos enuncia que las Repúblicas serán felices y posibles solo si el ciudadano libre se apropia de otros valores sociales: la paz y el trabajo.

Performativamente, la voz lírica nos acerca a la tierra, a su valor económico y estético, a depositar en ella esperanza de vida luego de tanta muerte.

En los dos textos encontramos nada más y nada menos que las dimensiones ética y pragmática de la conformación de una América unida y próspera, de esa América utópica de la que el proyecto republicano no se pudo apropiarse a causa de una exclusiva preocupación por los destinos del poder político que, dentro de los intereses particulares de sus actores, lamentablemente no pudo contribuir a la construcción de esa gran patria americana.

Referencias

- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis. *Vida Don de Andrés Bello por Miguel Luis Amunátegui*. Santiago de Chile: impreso por Pedro G. Ramírez, 1882.
- ARCINIEGAS, German. *El pensamiento vivo de Andrés Bello*. Bogotá: Editores Colombia Ltda., [1946] 1981.
- BELLO, Andrés. *Antología esencial*. Prólogo de José Ramos, notas de Pedro Grases. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.
- BEORLEGUI, Carlos. *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*. 3ra. ed. Bilbao: Universidad de Deusto, 2010.
- BOLÍVAR, Simón. *Para nosotros la patria es América*. Prólogo de Arturo Usler Pietri y notas de Manuel Pérez Vila. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, [1991] 2010.
- BRICEÑO PEROZO, Mario. *Temas de historia colonial venezolana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1981.
- SALCEDO-BASTARDO, José Luis. *Andrés Bello americano –y otras luces sobre la independencia-*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1982.
- CALDERA, Rafael. *Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1934.
- CUEVAS GÓNGORA, David. “El tesoro perdido de «Moctezuma»”. En: *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, n. 33, p. 283-298, 2011. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3852219>. Consulta: 10 oct. 2021.
- DEL POZO GONZÁLEZ, Leila. “Primeras novelas hispanoamericanas: entre la tradición y el enfrentamiento”. En: LÓPEZ, Cristian; FLECK, Gilmei Francisco; DORADO, Hugo; DEL POZO GONZÁLEZ, Leila (orgs.). *El universo literario en la enseñanza del español como lengua extranjera*. Porto Alegre: Universidade Estadual do Oeste do Paraná, 2018.

FLECK, Gilmei Francisco. *O romance histórico contemporâneo de mediação: entre a tradição e o desconstrucionismo – leituras da história pela ficção*. Curitiba: CRV, 2017.

GÓMEZ GARCÍA, Juan. Prólogo de GUTIÉRREZ, Juan María. *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*, p. IX-XLVIII, Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2006.

GORROCHOSTEGUI, Alfredo. “Andrés Bello: una vida de servicio y heroísmo silencioso. Semblanza para educadores”. *Tiempo y espacio*, n. 62, p. 37-61, jul.-dic., 2014. Disponible en: <http://ve.scielo.org/pdf/te/v24n62/art03.pdf>. Consulta: 2 ago. 2021.

GUTIÉRREZ, Juan María. *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2006.

JAKSIC, Iván. *Andrés Bello: La pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2001.

LÓPEZ, Cristian; PÉREZ ANZOLA, Yetzabeth; SAAVEDRA, Luis Beltrán. “«A Colón»: aproximación hacia el análisis de las resignificaciones del pasado de América y hacia una crítica descolonizadora”. En: *FERMENTUM*. v. 31, n. 91, may./ago., p. 588-609, 2021. Disponible en: <http://www.saber.ula.ve/handle/123456789/47417>. Consulta: 10 oct. 2021.

MALDONADO-TORRES, Nelson. “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”. En: CASTRO-GÓMEZ, Santiago; GROSGOUEL Ramón (comps.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá, Universidad Javeriana-Instituto Pensar, Universidad Centraliesco: Siglo del Hombre Editores, 2007.

MARÍN, Carlos Alfredo; COBOS, Eduardo. “Enrique Dussel: necesitamos más intelectuales”. Entrevista a Enrique Dussel. *Memorias de Venezuela*, n° 15, sep/2010, p. 48-51.

MARTÍNEZ, Siso. *Historia de América*. México: Editorial Yocoima, 1963.

LAVALLÉ, Bernard. *Francisco Pizarro: Biografía de una conquista*. Nueva edición [en línea]. Lima: Institut français d'études andines, 2004. Disponible en: <http://books.openedition.org/ifea/919>. Consulta: 10 nov. 2021.

MATHEUS, Amanda; KLOCK, Ana María; BARRIOS, Oscar. “Entre la tradición y la renovación: una trayectoria de la novela histórica contemporánea de mediación en la poética del descubrimiento”. *Entreletras* (Araguaína). v. 11, n. 1, jan./abr. p. 311-336, 2020. Disponible en: <https://sistemas.uft.edu.br/periodicos/index.php/entreletras/article/view/9041>. Consulta: 15 feb 2021.

PÉREZ, Francisco Javier. “Andrés Bello, hoy. Entre el fariseísmo y el parricidio”. En: *El desafío de la historia*, año 3, revista 20, p. 40-43.

QUINTERO, Inés. “Andrés Bello. Entre la omisión y el olvido”. Ponencia presentada en la Universidad Católica Andrés Bello, 29 nov. 2019. Disponible en: <https://elucabista.com/wp-content/uploads/2019/11/Andr%C3%A9s-Bello-entre-la-omision-y-el-olvido-In%C3%A9s-Quintero-UCAB.pdf>. Consulta: 1 ago 2021.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.

ROSCIO, Juan Germán. *El triunfo de la libertas sobre el despotismo*. Prólogo, cronología y bibliografía de Domingo Miliani. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1996.

ZAMBRANO URDANETA, O; MILIANI, D. *Literatura hispanoamericana I Manual/Antología*. Caracas: Anauco Ediciones, 1986.

Recebido em 10 de novembro de 2021

Aceito em 03 de janeiro de 2022